

DE ACTUALIDAD

EL DECLIVE

El señor Maura, notario mayor del reino, ha dado, con motivo de las consultas para la crisis... del régimen, una nueva nota. Es de creer que muchos la encuentren, como han encontrado otras del autor de la frase de «luz y taquígrafos», sibilítica. Y no, no es sibilítica. Las notas del presidente de la Real Academia Española de la Lengua Castellana suelen ser gramaticalmente claras, y su estilo, aunque algo barroco y conceptista, transparente. Lo que hay es que transparenta conceptos abstractos, de álgebra y no de aritmética política, podríamos decir. El señor Maura, notario mayor del reino, en vez de decir que dos por dos son cuatro, gusta decir aquello de $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$. Y nunca pone nombres propios de personas, de corporaciones o de instituciones.

¡Luz, sí, mucha luz! (Taquígrafos, ya lo hemos dicho, no hacen falta.) Pero la luz tiene que proyectarse sobre cosas concretas y no sobre abstracciones, sobre cifras y no sobre letras algébricas. Y en esas notas que no deben, que no pueden estar sujetas a ninguna clase de censura—de la vergonzosa censura que impone y que soporta la cobardía civil—, se debe decir las cosas y las personas por sus nombres. Y no andar con expresiones convencionales, como v. gr., aquella de «determinados elementos», y otras así.

En la última nota pública del notario mayor del reino se habla de «el declive por donde están rodando los más elevados intereses de la nación...» ¿Declive? ¿Derrumbadero! ¿Y hasta dónde rodarán? ¿Quién sabe!...

No ha mucho volvíamos a leer en la obra de Carlyle el relato de aquella jornada del 20 de abril de 1653 en que Oliverio Cromwell, el caudillo puritano, disolvió en nombre de Dios el Parlamento inglés. *¡In the name of God, go!* «En el nombre de Dios, largo!» —exclamó—. Pero Cromwell el puritano podía hablar en el nombre de

Dios. ¿En nombre de qué podrá hoy disolver aquí un Cromwell—si lo hubiera—el Parlamento?

Parece ser que un diario militarista—no militar, pues la milicia no tiene diarios políticos—ha insinuado la idea de que llegue a presidente del Consejo de ministros de S. M. el Rey, o más bien a canciller acaso, el actual gobernador civil de Barcelona. Pero creemos que este gobernador civil tiene todavía tarea para civilizar a Barcelona. No basta con que se acabe en ella—si es que acaba—con el terrorismo, no basta con que haga que bajen allí las subsistencias y no medren acaparadores; le queda otra labor, y es la de acabar con el juego de azar, que produce tantas víctimas y envilece y degrada a la patria tanto o más que el terrorismo y las maniobras de logreros y agiotistas. No basta meterse con el Sindicato único y acabar con él—¿acabar?—, si no se acaba con la Compañía de la Timba

Nacional y con esa repugnante celestinidad de la ayuda a los establecimientos benéficos. Porque esto es la historia de don Juan de Robres.

¿Declive? ¿Derrumbadero! Y al derrumbadero se va porque sólo se piensa en el orden y no en la moralidad ni en la justicia. El que esto escribe, declarado por una oficina de Policía—de esa Policía que no supo en Zaragoza evitar la muerte del pobre conserje Fernández, víctima de unos puntos—declarado «elemento peligroso y perturbador del orden actual», el que esto escribe da fe, sin ser notario, de que el orden actual es desorden y nada más que desorden, y de que los encargados de guardar el orden guardan el desorden. Y hasta como porteros alguna vez y en alguna parte.

¿Declive? ¿Derrumbadero! Y lo siente bajo sus pies el «perturbador del orden actual», que es el funcionario público que escribe estas líneas y que ve cómo aquí el Poder público responsable se siente impotente para someter a todos los funcionarios públicos, a todos, desde el primero hasta el último,

cuando perturban el orden, aunque no sea actual.

«No logro entender el planteamiento de esta crisis total»—escribe el señor Maura—. Y añade: «Veo pugna flagrante de las palabras con que se la explica y los actos que son notorios e indelebles.» ¿Pero sólo ahora? ¿Sólo en esta crisis? Que no será crisis, esto es: cernimiento, ya que a falta de corriente de aire libre, no se cernerá el trigo de la paja. Volverá a caer todo junto y mezclado.

El señor Maura, que, como fervoroso creyente cristiano, debe de conocer el Evangelio, habrá meditado en la vida de Juan Bautista, el Precursor. Y no estaría de más que estudiase la de Oliverio Cromwell, que era también fervoroso creyente cristiano, y en cuya boca Dios quería decir lo más vivo, lo más íntimo, lo más real. Y por eso Cromwell, que era un parlamentario, pudo disolver «en el nombre de Dios» el Parlamento. E imponer el Nuevo Modelo.

¿Declive? ¿Derrumbadero! Y por él rueda España desde hace tiempo, dando tumbos, y con más velocidad desde la sublevación del 1 de junio de 1917. ¿Por la justicia? Tal vez... Pero por la justicia han sido otras sublevaciones posteriores.

«Sigo creyendo que la cosa pública empeorará, cual viene empeorando, mientras permanezca encomendada al resto de los que fueron partidos»—dice el notario—. Y el suyo, ¿no es partido también? Nos dirá que él ha llamado a la ciudadanía, a los neutros, a todos, y que no le responden. Pero no le responden porque les habla en álgebra. Y es porque acaso sus concepciones políticas, su programa, no puede ponerse en aritmética, no es realista. Lo que quiere decir que no es política.

MIGUEL DE UNAMUNO

